

Microcosmos

Angelina Muñiz-Huberman

Inspirada en la famosa pieza de Béla Bartók que lleva el mismo título de su texto, Angelina Muñiz-Huberman, autora de libros como Dulcinea encantada, El ojo de la creación y Areúsa en los conciertos, entre otros, establece en este breve texto los vasos comunicantes entre la divagación melancólica, la música y la poesía.

A quienes se preguntan ¿por qué?

Veía caer los copos de nieve tras del cristal de la ventana y no eran copos de nieve, sino notas musicales. Blancas. Notas blancas. Con el peso de la nieve. El color de la nieve. La duración de la nieve. Su tiempo.

Cuatro por cuatro. Do, re, mi, fa. Sol, la, si, do. Do re, mi fa, sol la, si do. Do re mi fa, sol la si do. Cuatro por cuatro. Matemáticas y regla áurea.

El blanco invierno. El frío invierno. El hielo, el cristal de nieve en el cristal de la ventana.

En el cristal del cerebro. Las notas golpean, pausadas, pautadas. Do, re, mi, fa.

Un hombre vende knishes de papa, se frota las manos de frío, en una oscura calle de Brooklyn. Pocos clientes bajan a comprarle, es tal el frío.

Sol, la, si, do. Cuatro por cuatro. Tras del cristal de la ventana, el hombre quisiera comer knishes. Pero no tiene dinero, ni una moneda, y hasta la chimenea está apagada. Se pone todo lo que encuentra de abrigo, prenda sobre prenda, la bufanda y los guantes.

Cuando el vendedor destapa la gran olla de knishes, el vaho parece llegarle al hombre de la ventana. Con eso

come, con el leve olor que alcanza a aspirar, mientras la música bulle en su cabeza.

Cuatro por cuatro. Una breve danza en forma de canon: Re do re mi. Fa mi re. Re mi fa do. Re re. Re sol fa mi. Fa mi re do. Re mi fa sol. Re re. Cuántos estudiantes de piano habrán de repetir esa melodía años, años, después.

Knishes, croquetas de papa, eso comía en su tierra natal, y luego se sentaba a componer. En el invierno neoyorquino de 1944, el último que vivirá, no tiene ni para comprar media docena de knishes.

Su música no es apreciada. No suena sino en su cabeza.

Cuatro por cuatro. Está enfermo. La leucemia avanza. Cuatro por cuatro. El vendedor vocea los knishes.

Cuatro por cuatro. ¿Cuántos knishes por un compás musical? ¿O cuatro compases por un knish? Más bien.

La habitación que rodea al hombre se ha ido despojando de muebles. Pocos había y pocos quedan. Son vendidos por lo que sea. Con tal de que alcance para el alquiler o para disminuir las deudas vencidas.

Dentro sólo cae el peso de los sonidos por nadie oídos, salvo por el compositor.

Y, sin embargo, todo lo olvida el hombre: en su cabeza resuenan las notas, se acumulan, se acomodan, se ordenan en frases musicales. Y eso es suficiente para él.

Su alimento es cada sonata terminada, cada concierto escrito, los breves estudios de piano para principiantes.

Es un misterio hundirse en el mar de sonidos, en el oleaje de las frases que van y vienen, repetidas, variadas.

En el rumor del caracol y en el eco de la montaña.

Esa melodía que no existía antes, ¿de dónde vino para ser por él manifestada? ¿Por qué las frases llegan de un solo golpe y tienen sentido y lo desahogan?

Ese no saber parar y seguir incesante la escritura.

Ni aun con el frío ni con el hambre.

Ni en sueños.

Mucho menos en sueños. Despertar en la madrugada con la nueva frase y correr a pasarla al papel pautado, con un chal sobre los hombros.

Que toquen a la puerta no importa. No abrirá. Ni siquiera si fuera el vecino piadoso que a veces le trae algo de comer. Ni siquiera.

Los recuerdos regresan a su tierra natal: los bosques, los ríos, las ciudades, los cánticos, las danzas. Que ya no verá ni oír y que, por eso, resuenan en su música.

Todo se le revierte en fragmento musical.

Afuera cae la nieve, mas no es el paisaje de su infancia: el que no puede ser borrado, el que sólo él verá el día de su muerte.

Son las calles y el pavimento de la urbe de hierro y la voz que enronquece del vendedor de knishes. Cuánto daría por unos knishes, que queman la boca a la primera mordida. Ese calor de fuego que guarda la papa y que tanto consuela en un día gélido como éste.

Ese misterio del sabor y ese misterio del sonido.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer con ambos? ¿Dónde guardarlos para siempre?

Si se escapan.

Si carecen de espacio.

Si se desvanecen en el tiempo.

Si no duran.

Salvo en la memoria.

Como un ciervo entrevisto en el bosque.

Rayo fugaz.

Instantáneo.

Como la vida humana.

Afuera caen los copos de nieve en las calles neoyorquinas, como caen igual en los bosques de Hungría. Den-



Bartók rumbo a Estados Unidos en 1940

tro sólo cae el peso de los sonidos por nadie oídos, salvo por el compositor.

La regla áurea reina. Momento místico. El compositor reúne sus notas y el aire se serena y una luz de belleza estalla sobre las teclas del piano.

Blanco y negro son suficientes. El sonido se ondula, monta a caballo, se lanza por el borde de la playa sin remedio.

De nuevo, el silencio.

El silencio es la clave.

El silencio avanza en copos de nieve y en trazos de corcheas.

Cada copo que cae es la nota esperada: de do a do: las melodías crecen y se rellenan.

Son una música no usada.

Nuevos sonidos abren caminos en la nieve.

El hombre se siente desfallecer, de hambre, de dolor, de exilio. Del hambre y el dolor que es el exilio.

Como buen hijo del siglo XX, su gran carga fue el exilio. Su gran creación también.

Nada más digno que el exilio. Nada más injusto. Ni la muerte.

Sólo el exilio cura.

Sólo la música cura.

Pero él ya está tocado por el Ángel de la Muerte. Lo ha visto en cada copo y cristal de nieve. Por eso, se apresura a terminar compás tras compás. Sólo pide que le dé tiempo. La enfermedad, llamada melancolía, avanza. Y con ella la debilidad, el cansancio, la tez demacrada. La desolación. Absoluta desolación.

¿Es suficiente la misteriosa música? ¿O hace falta algo más? ¿Un poco de fama? ¿Un poco de aceptación, de reconocimiento?

Le han cortado la electricidad por falta de pago y ahora se alumbra con unas velas que le trajo el vecino piadoso. Piensa que así iluminado se parece a Bach o a Mendelssohn. Mas borra el pensamiento enseguida. No, no se parece. Su música no se parece. Él es húnga-

ro y es otro el paisaje y el idioma. El ritmo. La cadencia. Los bailes. Los cuentos de hadas. Las historias extrañas. Lo nunca antes oído por nadie. Las raras palabras.

El tiempo-espacio. Ha querido atrapar el tiempo.

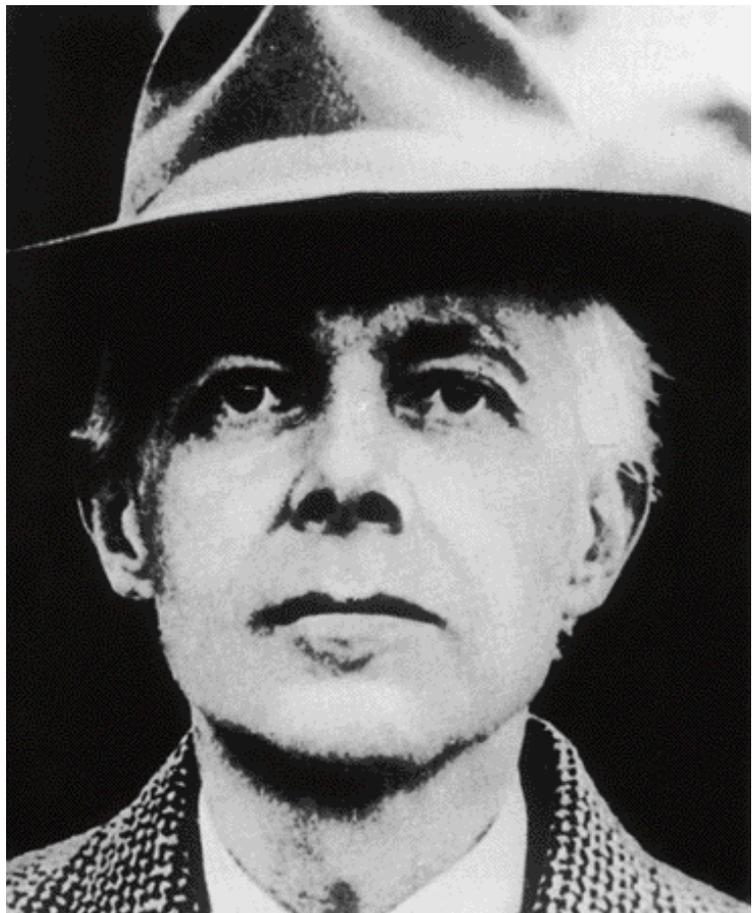
Detenerlo.

Aquí, en el espacio reducido de su habitación, donde sólo atrapa el tiempo musical. Cuatro por cuatro. Y el tiempo que emplea el vendedor de knishes en gritar su mercancía.

Ese grito ha sido incorporado en el compás musical. Así, las notas recogen el vaho de los knishes en el frío de la calle y huelen a papa hirviendo.

El hombre desfallece. Le queda poco tiempo de vida. Apenas unos meses.

Es un pequeño mundo el suyo: microcosmos. Los blancos copos inciden. Sueña que acaba de morir. Cuatro por cuatro. Breve nota muerta, como los knishes y la nieve que cae tras del cristal de la ventana. ¶



Béla Bartók